

MENENDEZ PELAYO Y LA AMISTAD

por CIRIACO PEREZ BUSTAMANTE

EN la ANTOLOGÍA DE POETAS HISPANOAMERICANOS del gran polígrafo santanderino hay unas páginas transidas de singular estimación para las letras colombianas. A él debe Santa Fe de Bogotá la difusión del epíteto, estereotipado para siempre, de Atenas de la América del Sur, y todo el país un elogio casi bucólico al enjuiciar el carácter de su población, *que no había manchado su conquista con ninguna de las ferocidades y excesos de sórdida codicia que anublaron la gloria de la del Perú, a lo que correspondió desde el principio la paz inalterable en que vivió aquella colonia, la moderación de su gobierno, la templanza de las costumbres y lo arraigado de las tradiciones domésticas, más fáciles de conservar en una población agrícola y sedentaria, aislada en las mesetas de los Andes y separada de la costa por inmensos desiertos y ríos caudalosisimos, que en la muchedumbre abigarrada y levantisca que acudía a los puertos o a las grandes explotaciones mineras.*

Y es que don Marcelino, además de conocer a fondo la historia y la literatura colombianas, sostuvo íntimas y cordiales relaciones epistolares y eruditas con las más destacadas figuras del humanismo en aquel país. Prueba de ello es el epistolario que se cruzó entre el eminente crítico y don Miguel Antonio Caro, preclaro humanista, erudito y político colombiano.

Recientemente se ha reimpresso el de Valera y don Marcelino, interesante y curiosísimo, porque refleja el ambiente de la época y descubre aspectos íntimos de ambos personajes. Pero en él se advierte siempre un tono de superioridad por parte de Valera, mucho más viejo que su corresponsal, y no pocas concesiones de éste a ciertos devaneos, murmuraciones y hasta escabrosidades de don Juan, que era un hombre de mundo, con todas las cualidades y defectos inherentes a ello.

En cambio, las cartas entre Caro y Menéndez Pelayo, menos confidenciales, tienen un tono tan sabrosamente humanístico, fino y erudito, que encanta por su sencillez, por su delicadeza moral y por su distinción, calidades que no excluyen discrepancias, a veces profundas, que suelen terminar con la sumisión de don Marcelino a las indicaciones y consejos de su ilustre amigo y admirador.

De esta amistad, comenzada en 1878, nació la de Menéndez Pelayo con don Rufino José Cuervo. No sabemos cómo se inicia esta relación; pero en el mismo año, y en carta del 17 de diciembre, decía Caro a su compatriota: *El señor Menéndez Pelayo, autor de una obra intitulada Horacio en España y Portugal y otras producciones, me escribe desde Santander (España) pidiéndome datos americanos para una bibliografía crítica de traductores. Yo le he comunicado al-*

gunas noticias. Si usted se halla en Madrid, salúdelo en mi nombre (1).

Por este tiempo trabajaba denodadamente el gran filólogo colombiano en la preparación de su monumental *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, gracias al cual, aunque desgraciadamente incompleto, es Colombia la tierra clásica de la lingüística hispanoamericana, y era ya muy conocido y estimado en España y en todos los países de nuestra lengua por sus trabajos filológicos, y singularmente por sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* y por sus *Notas a la Gramática de Bello*, demostrativas de la profundidad científica de su conocimiento de nuestro idioma y del rigor de su análisis psicológico gramatical, inspirado en los métodos de Müller, Bopp y Curtius.

El *Diccionario* fué siempre la gran preocupación de Cuervo. Al trasladarse a París en 1882 siguió acopiando datos, y hubo de rehacer gran parte de la redacción que había terminado; pero siempre encontraba reparos a su propia obra, que temía que saliese *mala, y sobre mala, cara, y sobre cara, invendible*. Por eso consultaba a Caro, que no vacilaba en darle alientos, comparando sus desmayos con los de Miguel Angel y animándole a comenzar la impresión del primer volumen aunque la obra no estuviese terminada. *En cuanto al éxito, téngalo usted por seguro y creciente, que es lo más importante. ¡Adelante, adelante!* (2).

Los consejos de Caro animaban a su corresponsal y le confirmaban en su intención, «*aunque el miedo no se me quita del todo. Usted comprenderá —prosigue— en que este temor, una vez que no haga alzar mano a la obra, no es malo.*

(1) *Epistolario de Don Miguel Antonio Caro. Correspondencia con Don Rufino J. Cuervo y Don Marcelino Menéndez Pelayo*. Bogotá, 1941, pág. 30.

(2) *Epistolario*, págs. 74-75.

Si el libro no tiene aceptación, no hay desengaño; si la tiene, es agradable sorpresa. No pasará de dos días sin que, con la ayuda de Dios, lleve los primeros tomos para la impresión definitiva: será la proposición A, que está escrita en más de cien cuartillas como las que usted vió allá, y que podía dar a dos columnas, en el tamaño, por ejemplo, del diccionario de Velázquez, de veinticinco a treinta páginas. Esto me hace creer que el libro no se venda (1).

Y posteriormente insiste en sus preocupaciones: *Estoy casi seguro de que es clavo, pues no creo que se venda. Puedo decirle que sólo he emprendido la publicación por puntillo con los enemigos de allá; quiero que la segunda (o más) excomunión me venga por falta de acierto y no por la de trabajo (2).*

Por fin, el 5 de octubre de 1884 le remitía unas entregas del *Diccionario*. *Ninguna lleva dedicatoria, por ser un puro aviso. Muchos defectos tiene, sin duda, que estando entre mis amigos se hubieran podido remediar; pero Dios lo quiso de otro modo: paciencia y barajar. Queda un recurso, y es el de un Apéndice, y ya tengo algo para comenzar; todo lo que ustedes me comuniquen será acogido con los brazos abiertos (3).*

Al cabo de un mes, Cuervo se siente más optimista. *Hasta ahora —le dice a Caro— puedo decir que no ha pegado mal la entrega del Diccionario. Morel Fatio le ha hecho un gran elogio en la Revista Crítica, y Gastón Peris le escribe con grandes elogios y hará lo propio en la Romania. Pero lo que más le agrada—y supone que también a Caro—es la acogida*

(1) *Ibid.*, págs. 81-82.

(2) *Epistolario*, págs. 98-99.

(3) *Epistolario*, pág. 104.

que tuvo el libro en la Academia Española (1). Por eso le transmite la nota que recibió de esta ilustre Corporación: *Enterada la Real Academia Española en su junta de anoche, por el señor don Marcelino Menéndez Pelayo y por el infrascrito, de la suma importancia que a no dudar tendrá el Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana, que V. S. ha empezado ya a publicar, acordó unánimemente y con íntimo júbilo darle muy fervorosos parabienes por una obra en que juntamente demuestra vasto saber y casi increíble perseverancia. Lo que, en cumplimiento de grato y honroso deber, me apresuro a comunicar a V. S., cuya vida guarde Dios muchos años. Madrid, 17 de octubre de 1884.—El Secretario, Manuel Tamayo y Baus.*

Tan grata fué esta comunicación para don Rufino José Cuervo, que a vuelta de correo, porque la carta está fechada el 22 de octubre, escribe a Menéndez Pelayo, y le dice: *Sé que a usted y al señor Secretario de la Academia debo el que ésta se haya enterado de estar ya publicándose mi Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana. Comø la satisfacción con que la Academia ha acogido esta noticia no puede proceder de otra cosa que de la benévola e indulgente mediación de ustedes, me complazco en reconocer a usted esta deuda y manifestarle mi más vivo agradecimiento. Siendo en el orbe literario una recomendación de usted lisonjera esperanza para los aficionados a las letras, muy cerca estaría de envanecerme con este favor si no supiera que la bondad de usted es igual a su saber... (2).*

Sin embargo, la obra iba muy despacio y absorbía todo el tiempo de su autor. *Usted y los demás amigos* —le decía

(1) *Epistolario*, págs. 105-106.

(2) *Biblioteca Menéndez Pelayo*.

a Caro en carta del 5 de noviembre de 1885— *se pasmarán de la lentitud; yo también me pasmo, pero al cabo habremos de convenir que no es tan fácil henchir un perro. Estoy ahora arreglando el prólogo, que, naturalmente, es largo; veré si consigo hacerle imprimir con anticipación para enviarle las pruebas en consulta...* (1).

El 5 de marzo de 1886 le dice que el prólogo está ya en pruebas y que había pensado enviárselo a él y a Pombo para que lo castigaran; pero teme que no haya lugar. *Si para el correo inglés está hecha la primera corrección, que ha sido diabólica, se lo remitiré para que me vuelva sólo las tiras en que haya observación. Ha sido necesario tocar muchas cosas que me han parecido pueden ofrecer dificultad a lectores de alguna instrucción; explicarlo todo al alcance de los que jamás han abierto un diccionario sería imposible*» (2).

Transcurrido un mes vuelve a escribirle; le envía más pruebas del *Diccionario*, por las que verá que el primer tomo (A-B) está para acabarse; pero el prólogo, que es su preocupación, *no ha ido porque, para el tiempo que queda, es ya muy tarde para poder aprovecharme de las indicaciones y correcciones de usted, cosa que lamento en el alma, pues hay puntos en que no las tengo todas conmigo, y hay ciertas cosas que sólo la intimidad de amigo y compañeros viejos puede corregir. ¿Qué amigo de ayer me dirá: Esa frase está oscura; la de más allá, desvaída; ese giro es incorrecto? Usted me corregiría, como antes, en la materia y en la forma; he tenido que consultar algo de la materia, para que haya los menos disparates posibles. Lo he enviado a Schuchardt, a quien debo gran benevolencia, y me ha hecho algunas indicaciones; lo*

(1) *Epistolario*, pág. 120.

(2) *Epistolario*, pág. 125.

he mostrado a Morel Fatio, y envié una parte a Menéndez Pelayo, que aún no tiene tiempo de contestar, pues la remití más tarde de lo que pensaba. En fin, por falta de diligencia no quedará (1).

La consulta que sobre tema tan delicado y de tan grave preocupación envió Cuervo a Menéndez Pelayo se contiene en una carta escrita en París el 29 de marzo de 1886, y dice así:

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Mi venerado amigo y señor: Mucho he vacilado para resolverme a molestar a usted con una impertinencia y no me he atrevido a hacerlo sino al ver la suma inmerecida de benevolencia con que usted ha dado hospitalidad a mi asendereado librito sobre el habla de mi ciudad natal.

Es el caso que me ha hecho usted concebir la esperanza de que, cuando le envíe el primer tomo del Diccionario, que ya queda calzándose las espuelas para ese viaje, me otorgará usted un rato para leer el prólogo.

Pues bien: lo que entonces le parezca a usted malo ya tal vez no se animaría usted a decírmelo, y, dicho, me serviría para arrepentimiento más bien que para oportuna enmienda. Conque podría usted hacerme una anticipación y leer, señalando los desaciertos, el pedazo que en galeradas le remito a usted. Los puntos que me inspiran más desconfianza son éstos: ¿Estaré muy democrático en la calificación de las diversas categorías del lenguaje y al estimar la parte que en esto cabe a la nación y a los escritores? Usted sabrá, sin

(1) *Epistolario*, pág. 128.

duda, que en las comarcas en que yo nací, por más que uno se mire y se remire, se necesita ser un Caro para no tener sus puntas de radical anarquista, etc. Temo, además, que esta parte adolezca de alguna vaguedad u oscuridad. ¿Lo que digo sobre el Centón Epistolario es razonable? No sé qué aires corren entre ustedes sobre este punto, y me dolería que mis noticias fuesen trasnochadas.

No he empezado por pedir de antemano a usted su beneplácito, porque eso supondría quitarle de todos modos a usted el tiempo pidiéndole una carta. Aquello fuera lo más cortés, pero esto es lo más expedito; pues si usted no tiene tiempo, no lee nada, y yo culparé mi mala suerte y nunca la buena voluntad de usted. Si usted pudiera prestarme este servicio, le ahorro el gravamen de una carta y la ansiedad de quien aguarda un golpe que le viene encima.

He hecho tirar varios ejemplares de las galeradas; de suerte que usted no tiene que devolverme las que le remito. Aquí tengo unas en que están corregidas las erratas de imprenta, y de ellas he trasladado a las de usted las que facilitan la lectura.

Pido a usted mil perdones por este abuso, protestándole que por ningún caso quiero que sea para usted compromiso. Usted hará lo que buenamente pueda, que, desde decirme que le ha sido imposible complacerme para adelante, dejo a usted todas las libertades imaginables.

Cuente usted con que siempre soy su respetuoso amigo y admirador apasionado,

q. b. s. m.,

Rufino José Cuervo.

Es inútil decir a usted que cualquiera reparo de usted sobre el fondo o la forma será acogido con la más viva gratitud.

Otro petardo: ¿Tiene usted a la mano la edición de Fray Luis de León hecha por el P. Merino? Yo no tengo sino el tomo de las Poesías, y deseo saber si en la Exposición de Job, cap. 32, v. 17, se lee resume o reassume. De este último modo se ha puesto en la reimpresión del año pasado. En Rivadeneira dice resume. Si en la edición del P. Merino se lee también de igual manera, sería un ejemplo curioso que agregar a los que van en el Prólogo, que causa todas estas molestias a usted. Mil perdones (1).

La respuesta de Menéndez Pelayo fué tan animadora y halagüeña para Cuervo (2), que éste, en carta de 7 de mayo, además de agradecerle su contestación, le expresa la tranquilidad con que envió sus pruebas a la imprenta, y espera que muy pronto estará ultimada la impresión del primer tomo:

París, 7 de mayo de 1886.

3, rue Meissonier.

Señor D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Muy venerado y querido amigo: Yo bien sabía lo ocupado que usted vive, y fué menester esforzar en mi ánimo la idea que tengo de la bondad de usted para atreverme a causarle el petardo de mi pedazo de prólogo. Ahora que veo lo fundado de mis esperanzas, me lleno de gratitud por la benevolencia

(1) Biblioteca Menéndez Pelayo.

(2) Fué publicada por el P. Pedro Fabo, en el t. III de su obra *Rufino José Cuervo y la lengua castellana*. Bogotá, 1912. págs. 184-186, y está fechada en Madrid el día 4 de mayo de 1886.

con que usted me trata, y no hallo los términos adecuados para manifestársela a usted.

Como no era urgente enviar esas pruebas a la imprenta, estaban dormidas en casa; al llegar la carta de usted, he pensado en ellas y las he enviado con más tranquilidad, para que hagan la imposición. Espero que este mes se acabará el primer tomo, pues hoy me han traído las pruebas del final del texto, y ya se está componiendo la lista de autores y abreviaturas. Por más que me alienten usted y los buenos amigos y colegas de esa ciudad, todavía no las tengo todas conmigo.

Mil y mil gracias por todas las pruebas de amistad que, sin títulos algunos de mi parte, se digna usted prodigarme, y cuente usted con el respetuoso afecto de su amigo y admirador apasionado,

Rufino José Cuervo.

Gracias a esta feliz intervención, la obra monumental del gran filólogo colombiano adelantó su publicación y le animó a proseguir sus trabajos, que, desgraciadamente, no pudieron terminarse, privándonos con ello de la aportación más importante para el conocimiento científico de la construcción y del régimen de nuestra lengua.

